

Con mi viva gratitud y sincero afecto al  
respetable y caballeroso señor D. Alejandro  
Quijano, Director de la Academia Mexicana  
de la Lengua, correspondiente de la Real  
admisión al atildado escritor con que  
jurisconsulto.

México, a P. Sánchez  
1.º de Septiembre de 1942.



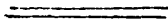
# DISCURSO DE INGRESO

*que, como Individuo Correspondiente, leyó  
D. RAIMUNDO SANCHEZ la noche del  
29 de Abril de 1941, en la sesión pública  
celebrada por la Academia Mexicana de la  
Lengua, Correspondiente de la Real Española.*

## RESPUESTA

*del señor Académico de número*

**D. CARLOS GONZALEZ PEÑA.**



MEXICO



---

---

**SEÑOR DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA  
DE LA LENGUA CORRESPONDIENTE  
DE LA REAL ESPAÑOLA:**

**SEÑORES ACADEMICOS:**

**SEÑORAS:**

**SEÑORES:**

Por no querer sentar plaza de remiso, y siendo mandato de vuestros estatutos, señores Académicos, que se lea en vuestra presencia un asunto que diga relación con nuestro idioma, entro, no sin hallarme embargado de suma timidez, en este majestuoso templo de las leyes del buen decir, en el cual custodiáis y hacéis que se acreciente el rico tesoro del Habla Española, y en donde constantemente aviváis la llama de vuestro favor, como el humanista Marsilio Ficino mantenía inconsuntible la simbólica lámpara que había ofrendado al busto de Platón.

Satisfaré mi compromiso ineludible, siempre acogido yo a vuestra muy notoria benevolencia, si lograre la ventura de inferir algunas conclusiones persuasivas del siguiente pensamiento, acuñado en el troquel de la lingüística: **NO ES POSIBLE UN PURISMO INTRANSIGENTE Y EXAGERADO, QUE MUDE EN FANATISMO LA PUREZA DE LA PALABRA, PORQUE CAUSARIA EL ESTANCAMIENTO DE LA LENGUA Y LA INCAPACITARIA PARA QUE LLEVE AL CABO SU NATURAL FUNCION DE REFLEJAR LAS CORRIENTES, LAS TENDENCIAS Y EL AMBIENTE DE LA SOCIEDAD.**

Con demasiada frecuencia la terminación ista, de origen grecolatino, envuelve como idea fundamental, en español, la de abuso reprobable de lo que significa el nombre empleado como base en la composición de las dicciones. Asi como **versista, discursista, camorrista, cultiparlista** comprueban cate

aserto, purista, es el que afecta mucho la pureza del lenguaje. El Diccionario reza: "El que por el afán de ser puro en la manera de escribir o de hablar, adolece de afectación viciosa".

Quizás porque esta puede comunicar también la idea de habilidad, secta, partido, profesión, afición, oficio, etc., el propio Diccionario como que atenúa y dice: "Purista es el que escribe o habla con pureza". Y, como es bien sabido, esta cualidad (la de la pureza) estriba en la conformidad de los vocablos, de la construcción y de los giros idiomáticos con el uso de los buenos escritores, o de las personas que hablan bien; esto es, que por conocer el idioma emplean la forma castiza.

Quien analice sendas definiciones discernirá que a ninguna de ellas converge ese tipo de purista, que ni padece únicamente achaques de afectación, ni es su norma el uso de escritores afamados; sino que pretende imponer como dogma del castellano, que los clásicos de la Edad de Oro son la única pauta que se debe seguir, por ser verdad fehaciente que, desde el siglo XVIII, se interrumpió la sucesión de los buenos cultivadores de la lengua española, de la cual mucho tiempo ha que se hicieron sus exequias.

De aquí dimana el purismo parasitario que so pretexto de querer extirpar el lenguaje hornecino, pone irrespetuosamente ras en ras al genial creador de la palabra, identificado con el alma de la raza, el espíritu del siglo y las corrientes de la cultura, con el escritor incorregiblemente afrancesado y anodino.

Pues, ¿qué la lengua común no se debe a la extensión de un poder político, a la influencia de una clase social preponderante, o a la supremacía de una literatura? La historia enseña que sea cual fuere el origen de una lengua, hay razones políticas, sociales o económicas que contribuyen a conservarla, por lo menos en su meollo, sin que sea posible oponerse a los inevitables cambios de la evolución.

Fenómeno inexplicable, y que no debe pasar desapercibido, es que el purista consuetudinario se afilia a la causa del progreso, en todos los adelantos que éste trae consigo, y pretende cohonestarlos, anacrónicamente, con una lengua que estanca en los clásicos. Con justificación decía Larra: "Marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política; aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones

de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonénnos los señores puristas, es haber perdido la cabeza”.

Históricamente es innegable que en el siglo XVIII, el idioma se cuajó de galicismos y giros extraños; los nobles y los pudientes enviaban a sus hijos a educarse en Francia; la ciencia y la literatura del país vecino, importadas por la juventud estudiosa, influían sobre la vida cultural, falsificada e inficionada a tal extremo, que los clásicos del Siglo de Oro no merecían el menor respeto. Pero hasta el día de hoy, ningún purista de los exaltados ha legado a la posteridad un análisis concienzudo, que acalle las interpretaciones antojadizas.

Miguel Artigas asienta estas elocuentes palabras: “¡Pobre y calumniado siglo XVIII! Había indudablemente malos escritores, muchos traductores inhábiles y torpes, y sobre todo pocos escritores geniales; pero la sucesión de los buenos cultivadores del idioma no se interrumpe”.

“¿Puede llamarse sin reservas siglo afrancesado al que produjo la Historia de Flórez y los poetas de las escuelas salmantina y sevillana que recuerdan sin bochorno, las otras escuelas del XVI que se conocen con los mismos nombres? ¿Siglo afrancesado, en lo absoluto, el que narra la decadencia del idioma y el próximo fin del castellano, con un estilo reacio y castizo arrancado de la viva entraña de nuestros clásicos?”

“Y en cuanto al idioma, precisamente en este siglo comienza el estudio sistemático del castellano, y aunque fuese por imitación, a principios de este siglo se funda la Academia Española por aquellos ilustres varones que se juntan con el deseo de cultivar y fijar en el modo posible la pureza y elegancia de la lengua castellana. En la Planta y Método que por determinación de la Academia Española deben observar los académicos en la composición del nuevo Diccionario de la lengua se señala como tarea esencial desterrar las voces nuevas inventadas sin prudente elección”.

“A los pocos años (1726) publica el primer volumen del llamado Diccionario de Autoridades, el esfuerzo más importante que se ha hecho para la fijación y estudio del idioma. Desde entonces en la Academia, y bajo su protección o contra sus decisiones, han venido a concentrarse los estudios del es-

pañol como lengua hablada. No es ni ha sido el criterio de la Academia excesivamente purista ni autoritario, y sí más liberal y transigente que las instituciones similares de otros pueblos, y sin duda ha contribuído notablemente a formar una conciencia y unas normas respetables y respetadas”.

A la decadencia de la lengua en el siglo XVIII, contribuyó la intensa inclinación al vocabulario cultista y a las expresiones conceptuosas. Los predicadores gustaban de afectado lenguaje y simulada erudición, de metáforas alambicadas y formas altisonantes y hueras, como lo atestiguan hasta los títulos de los sermonarios. Pedro Muñoz de Castro escribió: “Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las raqucles ovejas del aprisco de Elías Carmelitano”.

Luchan dos bandos impetuosos: con uno está la tradición española; el otro lleva la nueva ilustración.

Contra el mal gusto de galicistas y culteranos alzaron la voz los críticos sensatos, que no se limitaron a ver en los escritores de aquella época a los causantes de la ruina del español; sino que provocaron la reacción contra la decadencia del lenguaje, aprovechándose de la pluma. El emeritense Juan Pablo Forner satíricamente escribió las “Exequias de la lengua castellana”; el P. Isla publicó la “Historia del famoso predicador Fray Gerundio Campazas, alias Zotes”, y Leandro Fernández de Martín forjó “La Derrota de los Pedantes”.

El valenciano Gregorio Mayans y Siscar, reputado como la primera autoridad de aquel siglo, en lo concerniente a lenguaje, excitó a que se pusieran en uso, como un medio de regeneración, el léxico de la literatura medieval castellana y las voces no frecuentadas que, aunque echadas en olvido por mucha gente, se conservan vivas en la tradición oral del pueblo. Como tales voces no se distinguen fácilmente de los arcaísmos, recomendaba el empleo discreto de éstos. “No culparé yo al que diga amollecere por ablandar, comienzo por principio, complacedor por gurrumino, escucha por centinela, etc.” En sus Orígenes de la Lengua acompañaba la primera edición del Diálogo de la Lengua por Juan de Valdés, obra inédita hasta entonces.

No empecé que algunos rebuscadores, como Trigueros, no hayan sabido interpretar las advertencias de Mayans y sistemáticamente abusaran del arcaísmo, ya la dicacidad de



Iriarte les habrá de zaherir en "El ricacho metido a arquitecto" y en "El retrato de golilla".

Ahondar en el rancio vocabulario fue hacedero, merced a las investigaciones de los eruditos que, por coincidencia, en aquel entonces publicaban antiguos textos históricos y literarios. Fray Martín Sarmiento y Blas Antonio Nasarre expresamente se dedicaron a recoger y registrar voces antiguas, y en 1779 arreglaba Tomás Antonio Sánchez el más nutrido glosario de vocablos arcaicos.

Capmany, en varias de sus obras, reunió buena copia de palabras anticuadas y fuera de uso, a la vez que deploraba estuviese enterrada la mitad de la lengua castellana, pues hacía medio siglo que los vocablos más puros, hermosos y eficaces no salían a la luz pública. ¡Cuándo había sostenido antes, que en su siglo, el idioma no vivía en decadencia, sino que florecía enriqueciéndose con las traducciones del francés! Como defensor de las nuevas palabras había sustentado que, "Únicamente los turcos, que viven solos en Europa, conservan el lenguaje de su fiero Othomán en testimonio de su barbarie".

Leandro Fernández de Moratín, que también se lamentaba del olvido en que yacían palabras y frases de antaño, se esmeró en resucitar discretamente, cuando escribía, voces antiguas o desusadas. Otros prosistas y poetas, como Jovellanos y Meléndez Valdés satisficieron en esa época idéntico anhelo.

Pero vano empeño sería aducir más pruebas sacadas de la Historia de la Lengua Española, pues, a pesar de que los hechos son irrefragables, los puristas nescientes los invalidarían, porque al profazar ellos de los prosistas, poetas y oradores que no se pliegan en todo a los clásicos, les vedan el derecho de decir como el Greco "mi luz está dentro de mí", y les echan encima, sin miramientos ni excepción, el sambenito de galiparlistas, para ser obsecuentes a los preceptos de su talmud literario: las obras filológicas del P. Mir.

Efectivamente, el purista más ajustado a lo castizo, quien más almacigó léxico y pormenores en materia de hispanismo, es el Jesuíta Juan Mir y Noguera. Por sus "Frases de los clásicos españoles", "Rebusco de voces castizas", "Prontuario de Hispanismo y Barbarismo" y "El Centenario Quijotesco", obras cuyo mérito avalora a España en el campo de la lingüísti-

ca, mereció la honra de que, en un libro dedicado a su memoria, se le colocase entre los Grandes Españoles.

Infatigable investigador, fraguó sus libros con el noble propósito de extinguir el barbarismo, particularmente el galicismo; pero quiso ir más lejos de lo justo y fatalmente cayó en la aberración de una ciega y obstinada intransigencia.

Su Prontuario contiene material superfluo que abarca todo lo que ya ni los clásicos ni el pueblo tenían en uso, lo irrito, en una palabra, para la integración de la lengua castiza. Parece no haberle dado importancia a la conocida ley de que, como el lenguaje es medio de acción, debe tener un fin práctico, y no pueden desatenderse las relaciones que le unen al conjunto de la actividad humana, a la realidad en su infinito desenvolvimiento.

Otro Jesuita, Lorenzo Salcedo, refundió esta obra tan voluminosa en un breve "Manual Teóricopráctico de depuración lingüística", del cual exhibo este dictamen: "Ojalá hubiera correspondido al íntimo conocimiento que el P. Mir tenía de nuestra lengua, el uso atinado y disposición acertada de los elementos en sus escritos, que más parecen montones indigestos que obra de líneas acabadas; retazos zurcidos, que vestido proporcionado; ese fue su único defecto y lo que ha malogrado gran parte del fruto que hubiera recogido de su paciente labor; escribió no para nuestra actualidad sino para los siglos que pasaron: tomó a los hombres como debían ser, no como son: eso y las frecuentes invectivas con que se ensaña hasta sacar sangre contra los que maltratan la lengua, que para él son tantos en número cuantos escriben en castellano, entorpece la ilación de los argumentos, empaña la claridad de la doctrina y engendra desconfianza de la rectitud de los juicios y hasta ojeriza.....".

Si la intolerancia y aspereza de su hermano en Religión obligan al P. Salcedo, a pesar de la sabiduría que admira y le reconoce, a lanzar esa amarga queja, que aun sin querer es un reproche, ¿qué se podría decir de los puristas vacuos que por sólo soltar regüeldos de indigestión antiquista y clásica, se arrojan la facultad de vilipendiar a la Academia y de escarnecer a los escritores modernos, tan cautos en el uso del arcaísmo desacotado, como precavidos en la introducción de neologismos innecesarios y espurios? Y no hay que aspa ventar porque dije regüeldos, cuando nadie ignora que D. Quijote

recomendaba a Sancho que se prefiriera el término erudiciones; pero esta palabra es menos castiza y está más lejos de mi propósito.

El error medular del purismo atrabiliario, hállase bien patentizado en la serie de consejos didácticos que, para adquirir el conocimiento del castellano, estampó el P. Mir en su Centenario Quijotesco". He aquí algunos que entresaco:

1.—"Regla para conocer de que autores has de huir. Abres un libro, lees diez renglones; si en ellos no te sale al encuentro ninguna frase castiza, cierra el libro, no prosigas leyendo, no lo abras más en tu vida, si no es que la necesidad te apremie; su autor es modernista pintiparado ello por ello".

2.—"Principio general: toda palabra, ya se tome en sentido propio, ya en sentido figurado, que no se halie en el vocabulario de los clásicos autores, no haya lugar en tu escrito, recházala con toda tu alma: otro tanto digamos de cualquier modismo, frase o locución. La sola necesidad o conveniencia te precisará a dar cabida a vocablos modernos, como lo requieren por ejemplo, las cuestiones sociales tan agitadas hoy en día".

3.—"Saber castellano es tener conocimiento de las palabras y locuciones propias de la lengua, parte positiva; lograr noticia de las palabras y frases impropias de la lengua, parte negativa; éstas para desterrarlas, aquéllas para realzar los escritos".

4.—"Lengua muerta es hoy la castellana".

5.—"La fórmula final en el discurso de los clásicos, no era He dicho, si no dije; pero los galicistas, por emular el uso francés, gastan el pretérito compuesto en lugar del simple".

6°—"A mí me da asco el periódico, con ninguno me puedo averiguar, ni aun con los que blasonan de bien escritos".

7.—"En el aposento no ha de haber sino libros viejos del siglos XVI y XVII".

8.—"El desbrozar la maleza del habla es negocio sumamente fácil. Con sólo decir tener parte, por tomar parte en; tener cuenta con, por tener en cuenta; llevar al cabo, por llevar a cabo; a este viso, por bajo este punto de vista; pisa verde, por petimetre; pertenecer a, por formar parte de; como quiera, por de todos modos; tomarse licencia, por tomarse la libertad, ordenar la procesión, por organizarla, etc.

¡No conozco esquema donde más gráficamente se evidencie la rutina!

D. Manuel Antonio Román impugnó, en su Diccionario de chilenismos, el significado que, al verbo chocar, en el uso castizo, atribuye Cejador. Al responderle este filólogo, de paso alude al P. Mir en términos encomiásticos; pero que no le impiden concluir diciendo: "le cito siempre que puedo y con loa. Ahora lo hago, además, para tacharle de purista demasíadamente melindroso y de no admitir evolución en el castellano".

Mas en este siglo de audacia y simulación, saltando por sobre las dificultades opósitaa a un estudio, que si fuera fácil no sería hondo, se han encaramado en las cumbres del purismo, desde donde quieren doctrinar, críticos improvisados que, con el "Prontuario" abierto, porque el lexicón no les cabe en la memoria, arremeten contra el barbarismo, apegándose, irreflexivos, a la consabida fórmula: cuando el escritor use engranaje, dígasele que los clásicos empleaban endentaje; que evolución es desenvolvimiento; fraternizar se corrige con hermanar; atropellar debe ser todo lo lleva de frente; que el jefe de familia se sustituye con la palabra cabeza, et sic de caeteris.

¡Cuántos malos ratos pueden dar con este procedimiento "sumamente fácil" y este método para deludir, aun a los preceptistas que, sin proponérselo, les enseñaron una treta cuando lo que pretendían era establecer cánones! Pues, ¿quién va a estar exento de incidir en los yerros que ha condenado con excesivo rigor?

Baralt declaró galicismo a durante usado como preposición impropia, y al corregir en otro lugar de su Diccionario una frase, enmendó de esta manera: "Dígase se gobernó durante muchos siglos".

Si preguntamos, pongo por caso, por qué es viciosa la forma "es un hombre de buen gusto", o "es un literato de buen gusto", nos argüirán que el gusto clásico sólo toca a los sentidos corporales o a la voluntad, nunca al juicio o discernimiento; ni se cura la frase con el adjetivo bueno o malo, por que el defecto está en que el gusto vicioso, es acto del entendimiento. Recuérdese contra tal racionio, que Menéndez Pidal ve lanzada por primera vez la expresión "buen gusto" en una frase de Isabel la Católica, quien solía decir que "el que tenía buen gusto llevaba carta de recomendación". Menéndez

Pelayo opina que esta expresión "buen gusto" fue una felicísima innovación introducida en el tecnicismo estético (según parece) por los españoles.

No cabe duda, el caudal de lo castizo dentro del idioma castellano, no se redondea escogiendo palabras y modos de expresión que sólo se hayan usado en España en una etapa del idioma, pues el habla particular, peculiarísima de un pueblo es lo que se llama idioma, que en verdad, no lo forma éste o aquel individuo, sino que lo hace todo un pueblo, como conjunto de personas de un mismo origen étnico. El casticismo no solamente está en el lenguaje, sino en la idea y en la vida, y asimismo es asunto de etnografía. Es castizo todo aquello que distinga al castellano de las demás lenguas.

No basta para que un escritor sea castizo que posea el más rico léxico y la mayor variedad de giros, si como prosista o como poeta no expresa intensas emociones.

Las lenguas evolucionan, siguen su curso y con ellas tiene que evolucionar el lenguaje, porque éste es el conjunto de procedimientos fisiológicos y síquicos de que dispone el hombre para hablar, y las lenguas representan la utilidad práctica de estos procedimientos.

Azorín pregunta, si el idioma castellano se hubiera detenido hace siglos, ¿en qué punto se hubiera detenido? ¿En el siglo XVII, en el XVI, en el XV? No lo sabemos, afirma; porque de existir esta idea del casticismo en cualquiera de esas centurias, se hubiera ido reputando por castizo lo de uno, dos, tres o cuatro siglos antes. Y así hasta los orígenes de la lengua.

Piensa que si el ser castizos los escritores de hoy dependiera de que imiten la construcción y el vocabulario de los del siglo XVII, resultaría que estos escritores de hace tres siglos no son castizos, porque no imitaron a los de dos o tres siglos antes, y, ¿cómo puede consistir el casticismo en imitar a unos escritores que son castizos por no haberlo sido?

Para el filólogo Karl Vossler el lenguaje es, ante todo, actividad intuitiva individual, creación artística. La lengua no se aprende, sino que es despertada en cada uno de los individuos, y las palabras ni se toman de fuera ni se heredan, pues cada quien las elabora y de una manera personal las crea de nuevo diariamente. "El más miserable esclavo, desde el punto de vista lingüístico, es siempre autónomo en un

oculto rincón de su alma y nunca puede descender hasta el papagayo”.

Muy sutil artificio psicológico y social es una lengua, siempre sujeta a cambios no interrumpidos, porque como las palabras representan cosas que varían, y expresan ideas y sentimientos, expuestos a multitud de modificaciones, y como ninguno de estos tres elementos cuenta con una expresión adecuada y perfecta, las palabras siguen, por un lado, el movimiento de estos factores, y por otra parte tienden a expresarlos con mayor exactitud. De aquí, que el hombre al usar su idioma, inconscientemente lo perfecciona al mismo tiempo que lo desgasta y lo altera. Además, hay que llenar de algún modo el vacío que dejan las palabras, cuya significación, por diversas causas se desvía.

Nadie ha negado la licitud para componer nuevas diccionnes. Los gramáticos y los retóricos de todas las épocas recomiendan que se introduzcan; pero ha sucedido con frecuencia que, en llegando a la práctica, los puristas reprueban lo innovado, se muestran reacios al uso y se inhiben como inventores.

En sus “Reflexiones sobre el uso de las palabras nuevas en la Lengua Catellana”, asegura Félix Joseph Reynoso que, yerran torpísimamente los que no escribirían jamás, si les fuese en ello la vida, un vocablo que no lo hallasen usado en el siglo XVII, era de escritores sabios en que la lengua alcanzó su mayor ornamento, acreció su caudal, obtuvo el hipérbaton y el elegante encadenamiento de su constitución. Mas sin hablar de las ciencias naturales y exactas, poco cultivadas entonces, es indudable que necesitaba muchas voces que no tenía y que ha recibido después. Los clásicos no siempre hallaron la exactitud y precisión de significado en la elección de las palabras y se expresaron con más elegancia que filosofía.

Con los nuevos inventos, descubrimientos, fenómenos; con las nuevas ideas, abstracciones, sensaciones, emociones, etc. han de surgir los neologismos, que en el movimiento semántico se forman por derivación, composición, agregación, trasplatación y calco de voces extranjeras.

Acuantiar la muchedumbre de voces nuevas es obra que requiere atento estudio de las necesinades humanas. La Academia ya incorporó a su Diccionario algunos vocablos nuevos; a otros los ha puesto en tela de juicio, y quedan otros innumerables en espera de que se les franquee la puerta. Como

caso demostrativo señalo: ajedrecista, aeronaval, comediógrafo, decepción, electrocutar, electrosemáforo, mecanografo, radiador eléctrico, telegrafía inalámbrica, tractor, turismo, kilovatio, cuyo primer componente no modificó la Academia al artífice del vocablo. Mil en griego es  $\chiίλιοι$  (chilioi), quilioi por eso se dijo quiliada (chiliada) por millar y quiliarca (chiliarca) por jefe de mil soldados. Killos escrito con  $\text{Κ}αρρᾱ$ , en el dialecto dorio  $\chiίλλος$  del cual hizo cillus (killus) el latín, significa asno.

Significado de algunas voces necesarias:

Alexia.—Privación de la facultad de leer.

Alaviadores.— Planos suplementarios que ayudan a la estabilidad del aeroplano.

Amortiguadores.—Resortes del automóvil que amortiguan las sacudidas.

Bacteriáceas.— Familia de vegetales unicelulares que tienen forma de bastoncito. Unos son patógenos y otros producen pigmentos.

Creacionismo.—Doctrina que considera a Dios como creador del mundo y de la materia.

Glosolalia.— Especie de neologismo de los locos. Profusión de palabras incoherentes.

Hispanidad.— Comprende y caracteriza a la totalidad de los pueblos hispánicos. Se debe al sacerdote español Zaccarias de Vizcarra, residente en la Argentina.

Mercerizar.— Dar a las telas de algodón el aspecto de la seda. Proviene de haberse llamado Mercer el inventor de este procedimiento industrial.

Microzoario.— Animal microscópico.

Portarrueda, portaneumático.— Pieza de la parte trasera o lateral de los automóviles en donde se ajusta la rueda suplementaria, o la llanta de goma.

Como toda lengua culta recibe la corriente popular y la erudita, basta para que un término se generalice, que se haga común entre los eruditos o entre el vulgo. Así como los sabios no pueden prescindir del pueblo, ni éste de aquéllos, de igual modo el lenguaje popular no vive sin el literario que lo encumbra al conocimiento de verdades superiores, y el lenguaje erudito acude continuamente al popular, donde existe el rico venero de las voces incomparables para describir la

naturaleza, hablar de los oficios y menesteres y pintar las pasiones humanas.

El escollo que impida conservar la hialina pureza del idioma, se levantará cuando los doctos, que particularmente se alimentan de los libros, propendan al empleo abusivo de voces extranjeras, violen las leyes fonéticas, y, desdeñando el genio de la lengua, en él no amolden sus innovaciones. Cuando el vulgo acoja únanimamente los términos soeces de la plebe y no se esfuerce en aprender de los eruditos la significación propia de las palabras y las necesarias formas gramaticales.

No pasará inadvertido que, aun los mismos cultivadores del habla castiza hanse visto obligados a transigir con el uso de incontables cultismos y extranjerismos. ¿Quién deja hoy *ambidextro* por *maniego*? Aunque parezca extraño, control cuenta con abogados que le atribuyen origen del latín. .. Burocracia se afirma como tecnicismo de la ciencia política. Convencionalismo no tiene sustituto castizo y se escuda con la política y la sociología. Nacionalizar y nacionalización son mirados como galicismos que no estorban y que les valdrá ser derivados de nacional.

También los autores que escrupulizan demasiado en lo que respecta a detersión del idioma, han establecido una graduación cualitativa en el barbarismo. Según estos puristas hay más lenidad para quien diga humanitario, que para el que use prematuro en vez de precoz; pecará mortalmente quien no sepa decir puñetazo y nos amague con un golpe de puño (*coup de poing*).

Escritores conspicuos han utilizado el género satírico burlesco, como un medio ameno y recreativo, para abatir la pujanza e intrusión del galicismo.

El P. Islas, en el siglo XVIII, acumuló intencionalmente copia de voces afrancesadas, de las cuales han persistido muchas que hoy son vulgares: *asamblea*, *bellas letras*, *coqueta*, *departamento*, *libertinaje*, *inspección*, *unción*; no merece la pena, tengo el honor, acusar el recibo de una carta...

Bretón de los Herreros ridiculizó la tendencia a intercalar, por fanfarronería, palabras francesas en la oración española: *au revoir*, *comme il faut*, *merci*, *s'il vous plait*, *saufacon*, etc. Gracejó con el galicismo de los prohombres que



exprimen su pensamiento, hacen política, se hacen la barba y toman acta de algún suceso.....

El ilustre mexicano D. Ignacio Mariscal vuelca fino humorismo en su irónico soneto: A un galicista diputado

Yo no soy que un patriota sin mancilla  
Que, vacando a negocios importantes,  
A la Cámara arriba siempre en guantes,  
Por assomar los hijos de Castilla.

Conocido de Mérida en la Villa,  
La Presqu' isla, al nombrar representantes,  
Me ordenó de sus modos obligantes,  
De venirme sentar sobre esta silla.

Es por eso que yo me hallo dichoso  
De tomar una parte a la tarea  
Que agota vuestro aliento corajoso.

También yo hago observar a la Asamblea  
Que, el español no estando lengua mía,  
Jugarse de mi acento es villanía.

El jocoso Vital Aza, con ingenio y donaire, pone en verso cincuenta galicismos de tomo y lomo, con el pretexto de una "Carta a un amigo", de la cual se deduce la confusión que engendra el purismo dogmático:

"Yo estudio mi idioma en vano,  
y no tengo inconveniente  
en confesar, francamente,  
que no escribo en castellano."

"Pues sin brújula, o sin tino,  
desde que a Baralt leí,  
ya no sé, ¡pobre de mí!  
si escribo en francés.... o en chino."

Demuestran, pues, los hechos que la lengua española no se ha petrificado como la mujer de Loth; ni acaba donde se agota la ciencia y erudición de los puristas, que le niegan diuturna grandeza, pasada la era clásica.

He dicho es forma correcta finalizado el discurso. La Academia enseña que, el Pretérito perfecto de indicativo es el presente de la acción terminada, y se usa para expresar un hecho que se acaba de efectuar en el momento en que hablamos. Como ejemplo pone: He dicho. Bello, que llama a este tiempo antepresente, dice que significa que el atributo es anterior al acto de la palabra; pero que conserva relación estrecha con algo que existe todavía. Se dice que una persona ha muerto cuando aún tenemos delante vestigios recientes de la existencia difunta. Es decir, siempre que va envuelta en el verbo alguna relación a lo presente. Se dirá murió, en circunstancias diversas.

Según Robles Dégano, antepresente es lo sucedido dentro del ahora, pero antes del momento en que se habla. Si el ahora es un día, lo acaecido por la mañana es antepresente de la tarde: Hoy se ha casado Juan. Si lo sucedido y el acto de decirlo no pueden considerarse ocurridos dentro de un mismo tiempo, debe usarse el pretérito. Los franceses suelen pecar en esto, como también los gallegos, que acostumbran decir: "El año pasado he ido a Madrid." Los gramáticos latinos llaman perfecto lógico al pretérito usado con valor de antepresente. Et vires et corpus amisi: He perdido fuerzas y carne, escribió Cicerón convaleciente de una enfermedad. Si lo escribiera ya absolutamente restablecido, el sentido fuera: Perdí fuerzas y carne.

Al apoyar este concepto gramatical en Robles Dégano es condeciente, ya que de purismo se trata, no olvidar que este autor de la gramática más filosófica, llamada también El Alma del Idioma Castellano, se identifica con el P. Mir, y, por tanto, juntamente con él opugna a los escritores que ne imitan en todo y por todo el clasicismo español.

Ratifica, sin reparos, que el Diccionario de Cuervo es una grandísima calamidad para la Lengua Castellana, porque iguala la autoridad de los viciados escritores de los siglos XVIII y XIX con la de los clásicos del XVI y XVII, con lo cual autoriza galicismos y da por buenas en castellano, infinitas impropiedades que a centenares cometían él y Bello, falta en que también incurre la Academia.

Con este criterio ejemplifica en sus obras con solos los clásicos, aunque tenga que señalar el desacuerdo que entre ellos había en lo relativo al buen uso, como cuando efectúa

un careo con un ejemplo tomado de Mariana y otro de Lazarillo (que todavía atribuye a Mendoza), para sacar en claro que los clásicos no observaron puntualmente la regla de que el verbo **deber**, si denota obligación o necesidad, no lleva preposición, y si expresa conjetura o sospecha se dirá **deber de**.

Tales indecisiones ocurrían en un mismo escritor. La concordancia comprueba que Cervantes escribió: "Cuando yo me avenía con vos, dichasas eran mis horas, mis días y mis años." Y en otro lugar: "Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte." ¿Dónde está la conformidad del uso? ¿No se estatuye ahora que con dos o más sustantivos de género diferente, toma el adjetivo el género del más próximo?

Hay en el siglo XVI momentos singularizados por la invención de vocabulario. Lope de Vega escribió **emperadora**, y a quien osó corregirle con **emperatriz** le arguyó que éste es disparate, porque en Castilla no hay tal voz, sino que la curiosa bachillería latiniza con aspereza lo que tiene en su lengua con blandura; "**emperatriz** ha dado causa para que a la **embaxadora** llamen **embaxatriz**, y a la **tutora**, **tutriz**; de donde se sigue que a la **cantadora** llamaremos **cantatriz**, y a la **habladora**, **hablatriz**."

Sindicar de galicismo a "pequeño libro" y querer que sin excusa sea "librito", es proceder a humo de pajas. El ya citado Reynoso estima que todavía hace variar la locución y agrada usado rara vez por Cervantes, el adjetivo **pequeño** antepuesto al nombre. "Cuidado, amonesta, que **pequeño barco** y **pequeña puerta** se dijo en Castilla antes que **puertecilla** y **barquichuelo**, y entiéndanme algunos puristas que no saben la lengua."

¿Con qué fueros el purismo se autoriza para dictar una ley sináitica, cuyo primer mandamiento impone escribir sin apartarse un punto del lenguaje de Cervantes, Lope, los Luises, Góngora, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Tirso?...

Designa la Academia como **farmacéutica** a la mujer que ejerce la farmacia; **médica** a la que profesa la medicina; **abogada** podemos llamar a la que ejerce la abogacía, pues en la **Salve** se dice a la Virgen "**abogada nuestra**", que es como declararla intercesora o medianera de oficio, y es corta la transición de esto a la de mujer que ejerce la abogacía. Es el femenino de un participio sustantivado. **Bachillera**.

además del sentido clásico de "mujer que habla mucho e impertinentemente," tiene hoy el de mujer que ha recibido el primer grado universitario. La vida moderna exige la extensión del significado. El P. Coloma usó *candidata*.

Si Lope de Vega escribió *representanta*; Cervantes, la *preguntanta*; el P. Ovalle en la Historia de Chile, *penitenta*, y Solís dijo *oyentas*, ¿por qué la *comercianta* que escribió el P. Coloma; "La Regenta" de Leopoldo Alas, y las *pretendientes* que apoyó Mariano de Cavia, escritores modernos, no han de servir de norma en el idioma? Si el uso es correcto, la palabra se ha hecho popular y se aplica a mujer, prevalecerá la tendencia natural a diferenciar los géneros mediante las terminaciones.

Hay objetos compuestos de dos partes principales, y el gramático ordena que la palabra con que se les denomina se use en plural; pero el pueblo atiende a que esas dos partes forman un todo y da el nombre en singular. Desde este doble punto de vista son correctos los dos usos. La nariz se dice si este órgano respiratorio se toma como un todo; las narices, cuando se atiende a que son dos las ventanas:

El cura de Alcañiz  
A las narices dice la nariz;  
Y el cura de Alcañices  
A la nariz la llama las narices.  
Y así viven felices  
El cura de Alcañiz y el de Alcañices.

Al uso uniformado de las palabras latinas con otros idiomas, o con la mala costumbre de la misma lengua, llámesele peregrinidad o idiotismo, vicio contrario a la razón, en el cual cayeron hombres literatísimos como Mureto. Cicerón advirtió a los doctos, que se use de la razón como del crisol donde se apura la pervertida costumbre de hablar, que solamente así se evita la mala afectación que sucede cuando el ingenio carece de juicio y se engaña con la apariencia de lo bueno.

Túvose, después, por más insufribles aún a los que introducían en la oración latina idiotismos de las lenguas vulgares. Al célebre Jesuíta Mariana se le ha censurado que

haya seguido el idiotismo español excusar los gastos en su expresión *Rex Sumtus istos excusare debet*, en vez de genuino latín. (*Compendifacere*).

No en el lenguaje literario de los mexicanos; pero sí en el habla familiar de persona cultísimas, anda una palabra que se formó sin pasar por el crisol de la razón; que se antoja traída para taladrar los oídos y competir con el onomatopéyico croar de la rana: ¡cocoa!

Como cacahuate significó el *tlalcacahuatl* (cacao de la tierra), para designar al *cacahuatl* de árbol, se formó el mexicanismo cacao, que tanto se refiere al árbol como a su semilla. Cacaotero y cacaotal se derivan de esa voz, cuya raíz existe en nombres de lugar, como *Cacahuamilpa*. No contraría la índole del castellano el empleo del sustantivo cacao por medio de un giro con preposición: polvo de cacao, o cacao en polvo (pulverizado), como se dice tabaco en polvo, polvo de canela, de arroz, etc. El que la técnica industrial le haya mezclado otros ingredientes, no disculpa la exotividad de un término que hasta en inglés lleva el estigma de corrupción.

Maleta llama el pueblo mexicano a un lío de ropa. Para expresar lo que los españoles entienden por maleta dice *petaca* o *petaquilla*. Pero ahora, como asqueándose de lo de buena casta mexicana, hay personas cuya complacencia está en el velís; barbarismo que no sólo estropea el idioma, sino que es un baldón nacional. El francés acomodó la voz *valise* del italiano *valigia*, y el Diccionario inglés tilda de anticuado el vocablo *valise*, que define como "small portmanteau." Hoy se echa en ovido a *petla-calli* que dio origen a *petaca* y se aduna al desprecio para esta palabra el espíritu de contradicción, porque al sustituirla, sin necesidad, con *velís* ¿con qué se reemplazará el pintoresco derivado *petacona*?

Estas osadías léxicas de factura pordiosera plegue a Dios que no pasen de los labios a la pluma, y no den pábulo al vaticinio de Saint-Foi: "Dentro de poco tiempo la palabra humana ya no tendrá sentido y la noble profesión de escritor será confundida con el infame oficio de titiritero o de saltimbanqui....".

Para no demasíarme llego a las conclusiones:

1.—Las voces nuevas, cuando se introducen de idiomas extraños, no hermanan y congenian exactamente con la lengua

que las recibe, y precisa redondearlas y ablandarlas en la pronunciación y en las terminaciones.

2.—No la falta sola de voces, sino también el ornato y perfección del idioma son causa para introducir nuevos modos de hablar.

3.—El contacto de las lenguas es una necesidad histórica, y lleva consigo la penetración.

4.—Una lengua, a pesar de que llegue a su pleno desenvolvimiento, no queda nunca estacionaria.

5.—Las lenguas varían su semblante por lo menos cada siglo.

6.—Corresponde a los literatos el esfuerzo de sostener aquellas voces de mayor energía, que las nuevas no pueden sustituir con ventaja.

7.—La lengua es propiedad de cada uno de los que la hablan, y como hay ciertos límites para manejarla con independencia y libertad, ejercen influjo en el lenguaje aun los más humildes en la esfera social.

8.—La lengua debe considerarse desde los puntos de vista social y estético.

9.—El lenguaje será probable a los doctos y asequible a los ignorantes, si las palabras son propias, el orden recto y de ajuste tal, que nada sobre ni falte nada.

10.—Debe superar a todas las cualidades del habla la virtud de la claridad.

11.—La lengua es un cuerpo inmortal, y debe ser estudiada, trabajada y pulida eternamente.

12.—El purismo es un bello ideal; pero si degenera en exageración e intransigencia, empobrece la lengua.

El último trazo de mi esbozo lo amparo con las palabras del sublime Herrera, que la Lengua Española ha esculpido en el mármol eterno de su buen decir: "¿Y temeremos nosotros traer al uso y ministerio de nuestra lengua, otras voces extrañas y nuevas, siendo limpias, propias, significantes, convenientes, maníficas, numerosas y de buen sonido, y que sin ellas no se declara el pensamiento con una sola palabra?"

